



ARTÍCULO DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARÍA AZNAR, EN EL DIARIO *EL MUNDO*

Madrid, 15-09-96

"ABRIENDO LAS PUERTAS A UN NUEVO SIGLO CON ESPERANZA"

El 28 de agosto de 1989 me llamó Manuel Fraga al despacho en la Presidencia de la Junta de Castilla y León. Me comunicó que había pensado en mí para ser el cartel electoral de las elecciones generales que debían celebrarse dos meses después. La historia de aquella reunión previa a la que acudieron a Villalba Juanjo Lucas, Rodrigo Rato, Federico Trillo y Francisco Alvarez Cascos ya se ha contado. Desde aquel lunes, mi vida empezó a correr aún más deprisa de lo que había hecho hasta entonces. Colgué el teléfono y marqué el de mi casa para decirle a mi mujer "ya está. Nos ha tocado. He dicho que sí".

Desde dos días antes, Ana y yo habíamos valorado esa posibilidad. No era lo más fácil en mi carrera política, pero tampoco nos pillaba de sorpresa dar un nuevo salto en el vacío. Hasta el momento, todo había salido bien ¿por qué no iba a salir ahora?

Ni que decir tiene que dejar la Presidencia de Castilla y León era triste e incómodo. Hubo quien me aconsejó que dejase pasar esa oferta, que las elecciones del 89 estaban destinadas al fracaso, que habría más oportunidades. Pero bien se sabe que no soy hombre que rehuya los retos y bien se sabe también que, si Manuel Fraga decidía depositar en mí una responsabilidad, cumplía con todas las consecuencias. Por otra parte, la situación en el partido era mala. Si me negaba a tomar las riendas, ¿qué podría decir después?

En Castilla y León viví años políticos y personales extraordinarios. Fue una verdadera experiencia de gobierno en una tierra que puso toda su confianza en nosotros. Creo que respondimos bien. Al menos, hicimos todo lo que supimos y lo mejor que sabíamos hacerlo. Trabajamos sin descanso.

Cuando convoqué la rueda de prensa para despedirme de la Presidencia de la Junta, me emocioné. Estaba concienciado de que debía evitarlo, que los políticos no se despiden con lágrimas de ningún sitio. Pero pudo más el corazón y los recuerdos que la cabeza y la ciencia política. Nadie me lo reprochó. Yo tampoco.

1989: OBJETIVO, "LOS NUESTROS"

El objetivo en las elecciones del año 89 era que nos votaran "los nuestros". Con eso era más que suficiente. Eso que llamo "los nuestros" eran los cinco millones y medio de electores que habían votado a Alianza Popular en las convocatorias anteriores. No era poco: las encuestas daban una proyección de tres a cuatro millones de votos, lo que significaría bajar de los 105 a 70 u 80 diputados. Afortunadamente, nos votaron, e incluso pudimos decir que habíamos roto "el techo" de AP al tener un diputado más.

Fue una campaña difícil, preparada en quince días y realizada a golpe de coche por todas las carreteras de España. El electorado fue generoso. A los dos meses, Manuel Fraga obtenía la mayoría absoluta en el Parlamento gallego. De las peores perspectivas unos meses atrás pasamos a una situación estable.

Empezamos bien.

1990: OBJETIVO, ORGANIZACION

El objetivo del año 1990 fue organizar el partido con una estructura más acorde con los tiempos políticos: que el PP empezara a funcionar como una máquina electoral en todas las provincias, que tuviera una sólida estructura de pensamiento político trasladada a todos los centros con representación del PP, y que diera un definitivo paso al centro político. Es decir, una buena organización, una buena oposición parlamentaria y un decidido empeño en recuperar el centro político.

Siempre dije que los países se gobiernan desde el "centro", lo que significa gobernar desde la moderación. En este año comenzó lo que llamamos internamente "el viaje al centro". Esa asignatura hacia el espacio político que venimos ocupando desde hace unos años no ha terminado a pesar de haber llegado al Gobierno. El rumbo marcado en el año 1990 ha dado buenos frutos, pero debemos seguir caminando hacia el centrismo.

Ese año, 1990, fue turbulento. La mejor noticia fue la toma de posesión de Manuel Fraga como presidente de la Xunta. Pero no fue la única buena: el desarrollo del XI Congreso en el que fui elegido presidente del partido fue ejemplar desde todos los puntos de vista. Llamó la atención la organización del Congreso, la transparencia y el cuidado con el que se desarrolló todo en Sevilla.

Pero lo más importante fue el mensaje interno. "Centrados en la libertad" era más que un slogan. Todo aquel mensaje fue acogido con entusiasmo entre las bases del partido y también en la sociedad española. No gozábamos de gran credibilidad, el Gobierno copaba todo y sus mensajes consistían en dejarnos en la indiferencia. Pero conseguimos arrancar el primer entusiasmo en la sociedad española.

A eso se unió una reorganización importantísima: pasamos de una estructura con siete vicepresidentes sin carácter ejecutivo, a un partido que conjugaba la profesionalización de los departamentos, con la juventud de los líderes y con un mensaje político nuevo. Sin Manuel Fraga hubiera sido imposible ese cambio. Algunas presiones y algunos hechos de aquel tiempo los mantengo para mí y ya no son más que anécdotas del viaje, pero el Congreso era, en definitiva, una apuesta fortísima por renovar el partido. Y lo hicimos sin paños calientes y, al mismo tiempo, sin grandes traumas. Era el único modo

de hacerlo. O dábamos el paso al centro y nos organizábamos de otra manera, o siempre seríamos el partido de la oposición.

Esa nueva organización dio el primer fruto dos semanas después: la detención del tesorero del partido fue una bomba en la línea de flotación y una prueba durísima para los que éramos los nuevos responsables del partido. La estructura funcionó dando pruebas de que al frente del Partido Popular había gente muy seria y muy trabajadora, que estaba dispuesta a cambiar las cosas en España. Aquel trabajo de Francisco Álvarez Cascos fue el primero de una serie de brillantes actuaciones que nos hacen tener hoy el partido más importante de España, más unido, con mayor número de militantes y con la línea ideológica más acoplada a estos nuevos tiempos en que vivimos.

Personalmente, fueron semanas muy duras. Entre la alternativa de quitarme de enmedio o liderar al partido en la polémica desatada, decidí dar la cara. Cada día me sentaba en una rueda de prensa en plena campaña al Parlamento andaluz y siempre contestaba a las mismas preguntas. Pero era lo que tenía que hacer.

1991: OBJETIVO, SER ALTERNATIVA

El objetivo de 1991 era convertirnos en alternativa de gobierno a través de la representatividad en las Comunidades Autónomas y en los Ayuntamientos. A los buenos resultados de Galicia se añadió un mantenimiento de nuestros escaños en Andalucía, cuando todo parecía que iba a terminar en catástrofe. Pasadas las pruebas, las elecciones municipales y autonómicas del 91 venían a ser un respiro entre la turbulencia y una primera experiencia para el nuevo equipo del PP. Los cambios en Madrid, Sevilla y Valencia, más los buenos resultados en tantas ciudades --incluida San Sebastián, gracias a nuestro llorado Gregorio Ordóñez, a quien los asesinos nunca le perdonaron que le quisieran los pacíficos-- hicieron del PP una alternativa real a los socialistas.

El cambio en España empezó este año tras estas elecciones. Las ciudades empezaron a votar al Partido Popular mientras los socialistas se quedaban con los votos de los menos informados. Este cambio profundo en las ciudades se extendería después a toda España. Este año empezó el cambio.

Puse especial empeño en demostrar la capacidad del Partido Popular de llegar a acuerdos con las fuerzas regionalistas y pasar de la casi clandestinidad a la "normalidad" como partido tanto en el País Vasco como en Cataluña. Creo que esa política, unida a una labor de oposición seria y trabajadora, llevada en perfecta coordinación por Rodrigo Rato, era lo que esperaba la sociedad. El partido, primero con Juanjo Lucas y después con Mariano Rajoy, pasó de sacar a la luz pública problemas continuamente a ser ejemplo de unión y de constancia, mientras que Javier Arenas hacía el buen trabajo en el área electoral.

En dos años, el PP empezó a ser alternativa y a ilusionar a nuevas gentes que se acercaban a nosotros porque les gustaba el mensaje de modernización y de regeneración de la vida pública que despuntaba ya. A todos los que se acercaron no les preguntamos de donde venían, sino a dónde querían ir. Eso lo mantenemos hoy, y por eso somos el primer partido de España.

1992: EL AÑO DE LOS ATAQUES

Pero aún no nos habíamos consolidado. El año 92 era el año de la oposición seria y rigurosa que nos debía consolidar con verdadera alternativa de gobierno. Las encuestas eran cada vez más favorables, incluso ese año que el Gobierno socialista había convertido en el de "los fastos" que luego hemos terminado pagando todos de nuestros bolsillos.

Por entonces, desde algún sitio debieron empezar a ser conscientes de que el PP ponía en peligro la hegemonía socialista porque ese año fue de extrema dureza contra nosotros. Especialmente contra mí, que sufrí ataques de todos los lugares posibles y que hoy cuento como anécdotas pero que entonces dificultaron el camino. Pero no se alcanzan las grandes cumbres sin haber sufrido un poco de todo. Así entiendo la política.

A pesar de los "fastos" del 92, el electorado empezó a cambiar a nuestro favor. Las devaluaciones de la peseta de finales de año confirmaban una situación económica mala que llamaba a un cambio político.

Fue el 92, no obstante, un año dedicado a las relaciones internacionales por nuestra parte. Desde que fui elegido presidente del partido tuve claro que desde el Partido Popular teníamos que tener unas relaciones internacionales fluidas con los partidos de nuestro espectro ideológico. Al principio, pocos creían que esa estrategia fuera realmente conveniente. Al cabo del tiempo, ha resultado como uno de los pilares que nos ha otorgado credibilidad ante los españoles.

Desde el primer momento fuimos ayudados por el presidente del Partido Popular Europeo (PPE), Wilfried Martens, y ese apoyo en los primeros momentos fue decisivo. El objetivo en esta área era conseguir la normalidad de las relaciones internacionales en la Unión Democrática Internacional (IDU), en la Unión Democrática Europea (EDU) y en el PPE. Se consiguió en muy poco tiempo, y el Partido Popular empezó a contar con voz propia en foros internacionales que fueron muy interesantes.

1993: CONSOLIDAR EL CENTRO

El año 1993 pudo haberse convertido en el año del cambio, pero no lo fue: funcionó el miedo. Nuestra línea política de regeneración de la vida pública y de la Democracia, que tanto entusiasmo ha provocado en las bases de nuestro partido y en los ciudadanos, fue interpretado por una buena parte del electorado como un deseo oculto de venganza contra los socialistas, y funcionó el voto del miedo.

Con todo, no es el resultado electoral lo que más me enorgullece de ese año --el Partido Popular tuvo la mejor votación de la historia del centro-derecha español, incluida la Unión de Centro Democrático, UCD, y la tercera mejor votación de cualquier partido desde 1977, superada únicamente por el número de votos del PSOE en 1982 y en esas mismas elecciones del 93--. Desde el punto de vista de partido y desde el punto de vista de revitalización de nuestra democracia, creo que lo más interesante de ese año fue el XII Congreso Nacional del Partido Popular. Si el anterior había supuesto una auténtica revolución organizativa y de mensaje, el duodécimo Congreso fue la consolidación del PP como el partido de Centro que queríamos.

Más allá de lo que fue la lógica crítica a unas circunstancias políticas que no resistiría ningún país de Occidente, el calado político de las propuestas del PP en ese Congreso superaba nuestro afán de hacer oposición, aunque reconozco que se llevaron menos titulares.

El Partido que salió del Congreso del año 93 era ya el partido que había diseñado años antes. Los jóvenes ya no éramos tan jóvenes y todos habíamos aprendido unas cuantas lecciones. El partido ya funcionaba. Eramos alternativa real. La gente confiaba en nosotros. Faltaron los votos que llegarían tras años después, pero las bases del edificio estaban puestas.

Habíamos conseguido pasar la indiferencia del año 1989 a la posibilidad de alcanzar el poder en el 93. Poco tiempo, pero mucha imaginación, mucho trabajo y muchos esfuerzo, desde la dirección del partido hasta el último militante del último pueblo. Un proyecto que se había pensado para 8 años estaba conseguido en 4.

Pero quedaban aún cosas por hacer. Me ha ocupado y preocupado siempre más el calado ideológico de nuestras propuestas que cualquier otro aspecto de la vida partidaria. Dicen que estamos en tiempos sin claras diferencias ideológicas. No lo creo así: muy al contrario, sin una base ideológica no puede construirse un proyecto político. El oportunismo dura un tiempo, pero es siempre corto.

Los partidos que no asientan su estructura y su trabajo en un cimiento ideológico desaparecen. Un partido que sólo vive del poder y/o para el poder, no tiene futuro.

EL DESARROLLO DEL CENTRISMO

Fueron 1994 y 1995 los años que dedicamos al desarrollo de nuestras propuestas ideológicas en todas las provincias y a la renovación de lo que se llaman los "cuadros" del partido. Ciertamente, la situación política del Gobierno socialista estaba tan deteriorada que fueron meses de campaña electoral permanente por las dos partes. La celebración de las elecciones europeas en el 94 y de las municipales y autonómicas en el 95 eran el marco idóneo para esta permanente campaña, en la que una vez tras otra íbamos derrotando a los socialistas.

Nuestros discursos perseguían ese fin, y la sala de prensa de La Moncloa servía para que el portavoz del Gobierno atizara a la oposición, en una actitud de ataque para defenderse porque no tenían propuestas que hacer: la Administración llevaba tiempo paralizada por los escándalos.

Los resultados de las elecciones europeas anunciaron la victoria en las generales. Luego, las encuestas nos equivocaron un poco a todos. Pero se consiguieron dos cosas que sólo siete años antes parecían imposibles: romper la hegemonía socialista y llegar a acuerdos desde el Partido Popular con los partidos nacionalistas. Creo que ambas conclusiones son buenas para nuestro país y que se han abierto así las puertas a un nuevo siglo de manera muy esperanzadora.

NADA FUE FACIL

Resumir siete años en siete folios sin tener por qué haber contado lo más relevante y sin tener por qué haber callado lo más triste puede dar dos impresiones: la primera, es que todo fue así de fácil porque nada ni nadie impidió el curso de los acontecimientos; la segunda, que ya hemos alcanzado el único objetivo deseado.

A ambas cosas quiero apuntar algún matiz. Era necesario para nuestra Democracia una alternativa a un partido que llevaba en el poder, en muchos casos, desde 1979. Y ese cambio debía hacerse ordenadamente. Eso es lo que llamamos "La segunda transición" y que honestamente creo que se ha conseguido en los pocos meses que llevamos en la Administración del Estado, como antes se había conseguido en las Administraciones autonómicas y locales. Era necesario revitalizar la Democracia española en virtud del cambio político, no fiándonos de los cambios de las políticas que finalmente realizaba un mismo partido y un mismo Gobierno. Y es necesario mantener ese empeño, pues la Democracia se hace cada día y se conserva cada día.

Pero el camino ha sido duro, pues muchos estaban tranquilos pensando a corto plazo y no a medio o largo. Ha sido difícil convencer a los altos estamentos de la España de 1989 que el cambio era imprescindible, que los gobernantes no podemos vivir instalados en el poder; que el cambio es necesario. Por eso mantengo mi propuesta personal de estar ocho años en la Presidencia del Gobierno si los españoles me otorgan su confianza. Es bueno cambiar de personas y de mensajes, así lo he dicho siempre, y así lo mantengo.

LA CONFIANZA EN LOS ESPAÑOLES

Y quisiera terminar diciendo que éste no es el objetivo final. Que ganar las elecciones es un medio para hacer una España mejor, no para instalarse en las instituciones. Afortunadamente, allí donde hemos gobernado los electores han vuelto a dar reiteradamente su confianza al Partido Popular. Eso será porque algunas cosas se estarán haciendo bien. Y es que ése y no otro es el empeño.

Hemos vivido, yo por mi parte, unos años de esperanza porque desde el Partido Popular pudimos pasar de la indiferencia a gobernar España. Los años que vienen siguen siendo para mí años de esperanza, porque podemos pasar del decaimiento y de la falta de motivaciones en España, a construir entre todos un país sano, productivo, solidario, moderno y con todo al alcance de nuestras posibilidades. Siempre dije que confiaba en España y creía en los españoles. Ahora que tengo una alta responsabilidad para sugerir caminos de futuro, sé que tenía razón.